

LA CRÓNICA

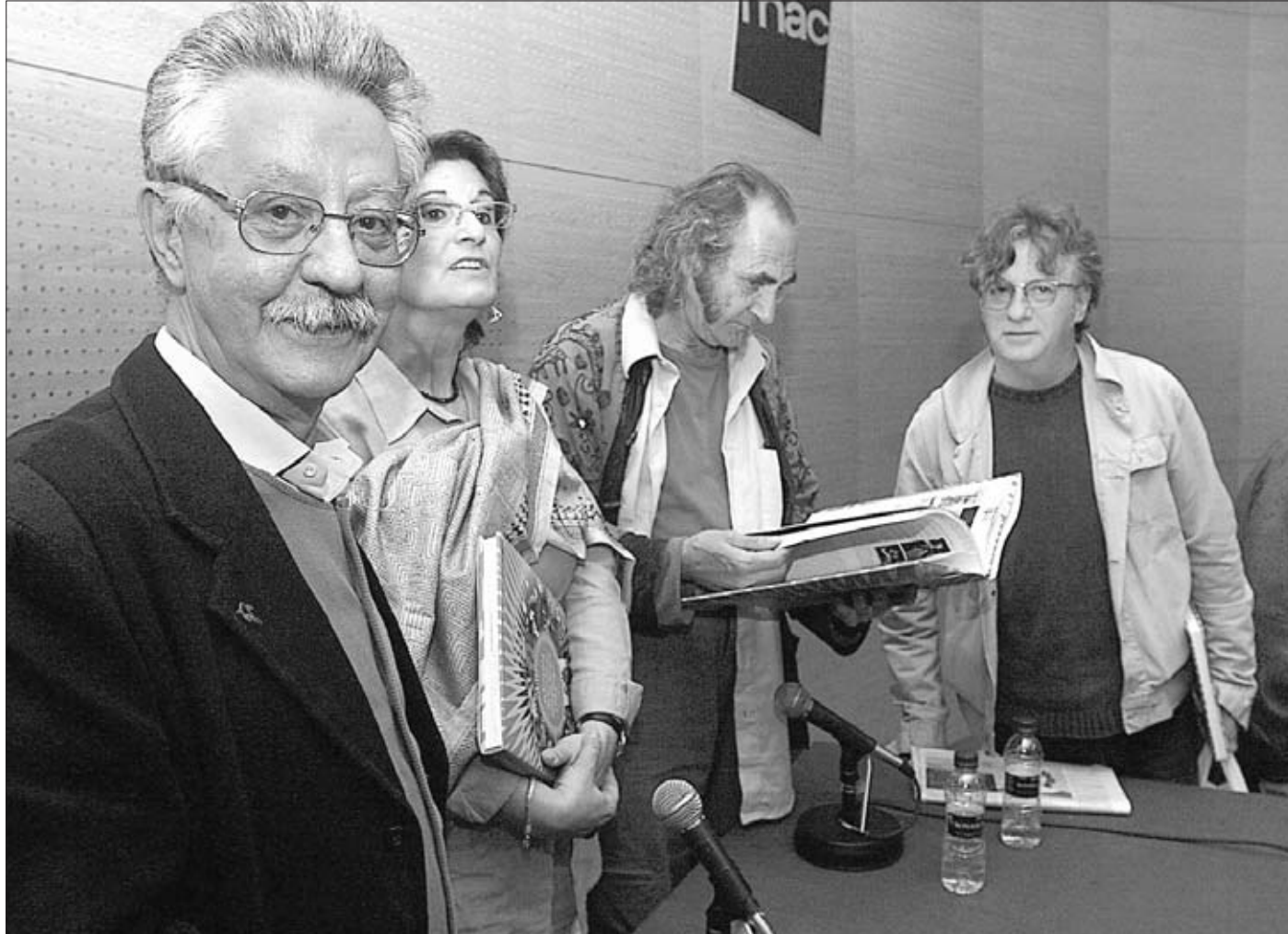
Alucinación colectiva

ISABEL OLESTI

Quien sobrepase los 30 años recordará un tren expreso, el *sevillano* o el *atalán*, según viniera de una parte u otra. Iba dividido en compartimentos y la gente se quitaba los zapatos y dormía sentada. Recuerdo sobre todo ese olor inclassificable, mezcla de gajos de naranja, chorizo, sudor, calcetines, tabaco... aliñado todo por una potente calefacción que impedía dormir. Podía tardar 20 horas y al final eras íntimo del vecino porque dormir juntos, aunque sea sentados, siempre une. En uno de esos trenes viajó Nazario para dejar su Andalucía natal y asomarse a otra ciudad, Barcelona, que a mediados de la década de 1970 empezaba a despertar de un angustioso letargo de casi 40 años.

Con la muerte del general Franco aparece una serie de personas que rompen con la cultura de la época para lanzarse a otra manera de vivir, sentir y amar. Barcelona reunió a toda esa gente, heredera del *hipismo*, que venía de todas partes de España, y algunos de Hispanoamérica, dispuestos a vivir en libertad, aunque los palos de los *grises* y las detenciones estaban a la orden del día. Barcelona era un caldo de cultivo imparable y así nacieron el Teatre Lliure, el Saló Diana, la Cúpula Venus, Zeleste, Els Comediants, Els Joglars, Dagoll Dagom, la Orquestra Plateria, la Dharmma... Nos visita Magic Circus, Lindsay Kemp, se organiza el Canet Rock, las Jornadas Libertarias, la Marxa de la Llibertat... Se lee *Ajoblanco*, *El Vibora*, se forma la COPEL, se descubre Formentera... Bares, mercadillos, compañías de danza contemporánea independientes, galerías de arte, artistas, comunas, manifestaciones, *happenings*... ¿Quién no recuerda a Ocaña del brazo de Nazario paseando en plena Rambla y levantándose el vestido hasta la barriga? O la orgía colectiva en el parque Güell, o a Pavlovsky en la Cúpula Venus, o a Sisa en Zeleste, o las verbenas de San Juan de la Plateria, o las ensaimadas calientes de una panadería del barrio chino a las cinco de la mañana...

Son muchos los que dejaron poso en esta *movida*, término utilizado en Madrid



Nazario, Ana Briongos, Pau Riba y Mariscal durante la presentación del libro en el FNAC. / CARLES RIBAS

para nombrar algo que quiso parecerse a Barcelona, pero que, aun con mucho más revuelo propagandístico, no consiguió su esencia. Nazario se ha atrevido a sintetizar en un libro lo que representaron aquellos electrificantes años setenta. *La Barcelona de los años 70 vista por Nazario y sus amigos* es un libro que casi parece un volumen de enciclopedia. En total, 250 páginas, cientos de fotos y más de 70 crónicas de los que vivieron aquellos días. Nazario ha recogido la documentación, ha escrito un prólogo y ha utilizado muchas de sus fotos. El libro está editado por Ellago Ediciones, una de

esas pequeñas editoriales —en este caso de Castellón— que cuidan su producto con mimo; el diseño de la cubierta es de América Sánchez y Albert Planas.

Nazario sintetiza en un libro la Barcelona de los años setenta, cuando un grupo de personas irrumpió en la adormecida cultura de la época

El martes se presentó el libro en el FNAC del Triangle con un lleno hasta la bandera, un público que se reconocía porque eran los protagonistas de la historia: Armand de Fluvià, Xefo Guasch, Joan Estrada, Manel Joseph, Romà Gubern, Pepe Ribas, Colita, Oriol Tramvia, Víctor Jou... En la mesa presidencial, Nazario, Ana Briongos, Mariscal, el editor y Pau Riba, que llegó tarde y despistado. Una de las condiciones

que había puesto Nazario a sus amigos colaboradores es que no se comparara aquella época con la que nos toca vivir, es decir: no estaba permitida la nostalgia. Nazario contó su prólogo: su vida en Sevilla, el viaje en tren con el *atalán*, el aterrizaje en Barcelona... Y se quejó de que, oficialmente, esta época no existiera y que la causa radica en que la década de 1970 se caracterizó por un "rollo" libertario marcado por la CNT y omitido después por socialistas y comunistas.

Ana Briongos habló del disparatado edificio de la calle de Génova que mandó construir su padre, un falangista recalcitrante al que le salió una hija del PSUC. Los incipientes arquitectos fueron Clotet y Tusquets. Y salió lo que salió: un laberinto, una maravilla donde fueron a parar los que ansiaban aventuras: Joan Brossa y Pepa Llopis, Àngel Jové, Víctor Jou, Francesc Bellmunt... Y le tocó el turno a Pau Riba, que no sabía muy bien dónde estaba, reafirmando en su papel de toda la vida, pero se fue centrando para hablar de la psicodelia y los ácidos, la primera droga sintética fulminante que un americano se emperró en distribuir a lo bestia por toda América montando sonados "saraos". "El ácido no es tóxico", afirmó Riba, "ha habido gente que se ha tragado hasta 600 en una noche y no se ha muerto, sólo han tenido un susto inicial". Luego habló de la luminosa utopía de los años setenta en Barcelona, de la generación en estado de gracia y de la alucinación colectiva. Terminados los discursos, los *amigos de Nazario* fueron desfilando por la sala: besos, abrazos, apretones de manos... Joan Estrada me contó que había reconocido a varios *freakies* de la Rambla de aquellos tiempos, gente anónima que hizo de aquel paseo casi su casa. De vuelta a la mía crucé esta Rambla, y para no mirar turistas hojeé el libro. Nazario habla de Camilo, a quien define como un ramo de nardos en un salón de Visconti, y cuenta que un día, en el metro, vio la prohibición de asomarse a las ventanillas: "¡Nena, mira, és perillós abocar-s'hi! Ja, ja, ja... ¡Aboquémonos!".

Los recientes cambios políticos en la Generalitat de Cataluña y en el Gobierno español abren una nueva etapa, insólita y llena de esperanzas en muchos sentidos. En los nuevos gobiernos han entrado y van a entrar hombres y mujeres competentes, muchas veces los que han demostrado ser los más preparados y los más capaces de pensar y gestionar diversas cuestiones —vivienda, medio ambiente, educación, universidad, territorio, etcétera—. Y de la misma manera que se abre una nueva etapa política, se abre un nuevo periodo para una crítica social que tiene generalmente sus raíces en la izquierda. Unas corrientes de pensamiento próximas, las de la izquierda plural, están ahora en el poder político —que no económico— y, al mismo tiempo, son hegemónicas en el pensamiento crítico. Ante esta situación, ¿cuál tiene que ser el nuevo papel de la crítica?

En estos tiempos de discurso único y de dominio del espectáculo

de del consumo, algunos podrán pensar que a la crítica le ha llegado la hora de aletargarse y desactivarse ella misma para no caer en resentimientos, traiciones o ataques precipitados hacia el pretendido Estado de bienestar y sus propios representantes políticos. Esta ha sido también la tendencia de algunos de quienes han ocupado el poder. Si la derecha está acostumbrada a ser impune en sus imposiciones y desmanes y, por tanto, desprecia y desoye a la crítica, existe una izquierda que prefiere sacrificar la crítica para que no le creen mala conciencia. Ello ha sucedido ya en el urbanismo barcelonés de la democracia, gestionado por partidos de izquierda, con técnicos que han hecho todo lo posible por neutralizar cualquier crítica,

JOSEP MARIA MONTANER

viniera desde la cultura o desde los movimientos urbanos. José Antonio Acebillo ha anatematizado cualquier crítica tachándola de proceder de la "izquierda trasnochada" y Oriol Bohigas, el

A pesar de los cambios no es el momento de desactivar la opinión crítica, sino de replantearla y reactivarla

que desde la década de 1960 hasta la de 1980 había sido el crítico más culto y el líder indiscutido de la cultura arquitectónica catalana, al tener poder en el Ayuntamiento y desde que se

autoencargó la Villa Olímpica, decidió dedicar todo el esfuerzo a desactivar cualquier crítica que pudiera surgir en su terreno.

Desactivar la crítica porque es la izquierda la que tiene ahora el poder no es ni lo más acertado, ni lo más democrático, ni lo más eficaz. Puede existir una crítica que tenga objetivos similares a los del Gobierno tripartito y del PSOE, una crítica leal, que otorgue tiempo y que reconozca los logros, pero que al mismo tiempo recuerde lo que aún no se ha conseguido y que exija, que aporte ideas y que esté dispuesta a colaborar. Es en estas circunstancias cuando a la crítica se le plantean dos valiosas posibilidades.

Por una parte, ahora es el momento de pensar y teorizar, de

conceptualizar y poner en común nuevos pensamientos para la izquierda: alternativos, ecológicos, solidarios. Tal como ya han adelantado algunos autores, por ejemplo Jacques Derrida o Mike Davis, ahora que la izquierda está en el poder es el momento de revisar la herencia del marxismo en diversos posmarxismos para el siglo XXI; un pensamiento que resitúe lo humano, que no descansa en hacer propuestas para acabar con la pobreza y la guerra, que potencie una nueva relación con la naturaleza y que interprete los nuevos modos de vida, estructuras familiares y diferencias culturales. Es precisamente ahora cuando hacen falta nuevas teorías para la izquierda plural, que surjan de las nuevas mentalidades de los jóvenes y de las cuestiones de sexo, con unos planteamientos que avancen en nuevas culturas del habitar, del enseñar y del aprender, de la participación, de un ocio creativo y un consumo sostenible, del compartir equipamientos colectivos